Placuit Deo: tres claves de lectura

La carne de Cristo frente a dos dioses de nuestra cultura

Gabino Uríbarri Bilbao, SJ
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)
Comisión Teológica Internacional (Roma)



Lo que «Dios dispuso (*Placuit Deo*) en su bondad» (*DV* 2) es fruto de su amor, por eso es gratuito. Debido a que la fuente última es el amor divino, es radicalmente bueno para el ser humano. Sin embargo, no se trata de algo arbitrario, sino ajustado a lo que somos los humanos y al modo mejor de conducirnos a nuestra propia plenitud, que es lo que la fe cristiana formula como la salvación.

Desde esta perspectiva, se iluminan tres claves fundamentales del reciente documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe [fechado el pasado 1 de marzo, y del que ECCLESIA ofreció ya una amplia información en su número 3.926, página 32].

La salvación: en el centro de la fe

La salvación es un elemento central de la fe cristiana. Los primeros discípulos experimentaron cómo, con Jesús y su ministerio proclamando la irrupción del reino de Dios en la historia, la salvación de Dios prometida para el futuro comenzaba a tener lugar: «los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados» (*Lc* 7, 22). Esta experiencia se profundizó con la Pascua. A partir de ella se tuvo la firme convicción de que con Jesucristo se había hecho presente la salvación de Dios (ej. *Hch* 2, 21; 4, 12), se había obtenido la justificación y el perdón de los pecados (ej. *Rm* 3, 21-26), dado que Él es el mediador entre Dios y los hombres (1*Tim* 2, 5).

A lo largo de la tradición cristiana se ha ido profundizando en esta convicción y expresándola en categorías diversas (cf. *PD* 9). Siempre se ha mantenido como un aspecto esencial. En la elaboración del dogma cristológico, el punto clave ha sido verificar si en las diversas propuestas de la conceptualización de la identidad de Cristo, desde categorías metafísicas como persona y naturaleza, se salvaguardaba la posibilidad de que Él fuera en verdad nuestro Salvador (*Lc* 2,11): alguien que por ser «Dios de Dios» nos trae la salvación de Dios; a la vez que por ser hombre, nos trae una salvación a la medida de los hombres y con una participación nuestra en su consecución, representados por el hombre Cristo Jesús (cf. *Heb* 2, 11. 14).

El documento se mueve en un triple registro que combina: (a) la presentación amable de la salvación cristiana; (b) la fundamentación teológica, con énfasis muy particular en la Escritura, la Tradición teológica (**Ireneo, Agustín, Tomás de Aquino**) y el magisterio reciente (Vaticano II, **Juan Pablo II, Benedicto XVI, Francisco**); y (c) la denuncia de «reduccionismos» presentes en nuestra cultura, que bloquean la comprensión de la salvación cristiana.

La salvación: en la encrucijada de dos dioses de nuestra cultura

El motivo principal del documento radica en resaltar «algunos aspectos de la salvación cristiana que hoy pueden ser difíciles de comprender debido a las recientes transformaciones culturales» (*PD* 1). Por lo tanto, no se pretende novedad alguna en la comprensión de la salvación cristiana. Sin embargo, sí que se introduce en un modo de hacer teología que tiene muy presente la cultura contemporánea, siguiendo la línea ya iniciada por el Concilio Vaticano II (*GS* 53-62), impulsada decididamente por Pablo VI (*EN* 18-20), seguida por los pontífices posteriores, y muy querida por Francisco (ej. *EG* 61-75, 115-118, 122-126, 129, 132-134). Se trata, pues, de un anuncio de la salvación cristiana situado en nuestro contexto cultural de comienzos del siglo XXI.

Nuestra cultura venera dos valores muy positivos, pero que, si se extralimitan, se pervierten: la autonomía de la persona humana, unida a su tremenda capacidad para obtener grandes logros personales y sociales; y todo el ámbito del conocimiento, incluyendo tanto la ciencia positiva como la capacidad de introspección y profundización en el yo personal profundo. Sin embargo, en ninguno de ellos puede reposar ni el fundamento ni la palanca de una salvación integral y transcendente.

Siendo la persona humana capaz de muchos logros, no es un individuo aislado (*PD* 4, 6). Por eso una salvación verdadera habrá de alcanzar a todo el entramado de relaciones en la que se mueve la persona humana: su propio cuerpo (*PD* 10), las relaciones sociales que le constituyen (*PD* 12) y la relación con Dios, fuente única de una salvación trascendente (*PD* 4). Aquí tocamos un punto fundamental de nuestra cultura: el orgullo de la grandeza del ser humano que confía en sí mismo y solamente en sí mismo para su «autorrealización» (neopelagianismo). En cuanto la persona humana se convierte en la medida última de todas las cosas, también de su salvación, «seréis como Dios» (*Gn* 3, 5), pervierte su propia grandeza, que consiste en ser la creatura con la que Dios establece una alianza, una relación de amistad, para conducirla, mediante el don, a la participación en la misma vida divina (cf. 2 *Pe* 1, 4; *PD* 8). Por muy grande que sea el ser

humano, que lo es, no está en su mano fabricar el don de Dios (*PD* 6). No podemos salir del pozo del pecado con nuestras fuerzas, como si jalándonos de nuestras orejas hacia arriba pudiéramos elevarnos del suelo; necesitamos una fuerza divina, superior a nosotros, que nos eleve (*PD* 2).

Con la ciencia y la tecnología se han realizado grandes avances y se han mejorado en muchos aspectos las condiciones de vida de millones de personas. Además, el conocimiento propio es un instrumento valioso de madurez, de encuentro con uno mismo, una fuente posible de paz y serenidad para afrontar la vida con sus exigencias, conflictos y satisfacciones. Mientras que a la ciencia se le van reconociendo sus límites como un «Dios salvador omnipotente», hoy en día nuestra cultura se adentra con confianza en las posibilidades de liberación integral que provendría de la reconciliación profunda con el yo íntimo mediante el conocimiento (neo-gnosticismo). Sin embargo, el individuo humano que somos no se reduce a ser un espíritu incorporal.



Hermosa manifestación popular de la Resurrección del Señor, en fotografía tomada en un patio de Calzada de Calatrava (Ciudad Real). Fotografía de Isidro García Fernández.

La carne de Cristo: quicio de la salvación cristiana

La verdadera salvación no puede limitarse ni al conocimiento ni al sentimiento ni a lo meramente interior, por dos motivos principales. Primero, porque eso no hace justicia al todo integral de la persona humana, que también es cuerpo, carne, relaciones sociales. Segundo, porque el yo profundo no posee la capacidad de «asumir, sanar y renovar nuestras relaciones con los demás y con el mundo creado» (*PD* 2).

Ambas tendencias culturales, etiquetadas como «neo-pelagianismo» y «neo-gnosticismo», tienen un punto en común: ignoran y rechazan que la encarnación sea el quicio de la salvación (*PD* 1-2). Sin embargo, en su propuesta contracultural, la fe cristiana defiende que la salvación, que pivota sobre la carne de Cristo, (a) hace verdadera justicia al ser humano, (b) ofrece una salvación humana integral y (c) nos conduce a la comunión con Dios.

La carne de Cristo es quicio de una salvación que hace justicia al ser humano porque Cristo se hizo radicalmente uno como nosotros (*Flp* 2, 7; *Rm* 8, 3). Por eso, no adviene desde fuera, sino que da cumplimiento a eso que desde nuestro origen (Adán) estamos destinados a ser. Según la fe cristiana, todos hemos sido creados para vivir la filiación que refulge con toda gloria en la vida terrena de Cristo Jesús, el Hijo de Dios encarnado por nosotros y nuestra salvación.

La carne de Cristo es quicio de una salvación que abarca y toca la integralidad de lo que somos cada uno de nosotros y de lo que es todo el género humano: nuestro ser carnal, espiritual y social y con aspiración a la divinización, a un «ser como Dios», no en la línea de la tentación en la que cayeron nuestros padres, sino en la línea realizada por el Señor Jesús. Porque con su encarnación, el Hijo de Dios ha asumido todo lo nuestro, lo ha sanado, renovado y reconducido hacia su verdad y plenitud (*Jn* 1, 18; *GS* 22).

La carne de Cristo es quicio de una salvación que nos lleva a comunión con Dios, porque nos hace participar del mismo Espíritu filial de Cristo Jesús, del Espíritu del Padre y del Hijo. Por eso, la fuerza que animaba a Jesús en su camino terrenal pasa a conducirnos a nosotros hasta la gloria eterna del Padre (*PD* 11).

A tocar la cuestión de la salvación siempre entramos en los temas más nucleares de la fe cristiana: la concepción de un Dios trinitario, que comunica su amor gratuitamente en una economía encarnatoria (*PD* 1-2, 4, 8), eclesial (*PD* 12) y sacramental (*PD* 13-14); la comprensión de la persona de Jesucristo, el Hijo de Dios, que es indivisiblemente el Salvador y la Salvación (*PD* 11); la noción de persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios (*Gn* 1, 26-27), a imagen de su Hijo (*Col* 1, 15) y que, por tanto, solo se puede lograr en plenitud conformándose con la imagen del Hijo (*Rm* 8, 29). ■